

samos al pie del árbol consabido, mientras el sol se abismaba detrás de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció después el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosea apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatepetl apenas se dejaba entrever cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruido sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hácia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilización, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quaulitemoc y de Méndozas contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogar á lo que fue, añadimos mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua Méjico se pierde mas y mas cada dia en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; mas el porvenir es la esperanza de la nación: en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generación hacer esa conquista?

## SANTA CLARA.

### LA DEDICACION DE LA IGLESIA.

**E**N la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de Méjico se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que escitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces *Plazuela del Marqués del Valle*, por el palacio de Cortés que la limitaba hácia el poniente, era en especial digna de observarse a causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguía el mismo palacio antes mencionado.

Era este un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecía una série de balcones, cuyos balaustrados toscos se ocultaban á la sazón bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro con un gusto aristocrático. La del balcon principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no habia ya en Méjico mas que ramas colate-



rales, pues que la línea recta masculina se habia estinguido en D. Pedro Cortés Ramirez de Arellano, IV marqués del Valle; por lo que el mayorazgo habia pasado al duque de Terranova, á virtud del casamiento de este con D<sup>a</sup> Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, sobrina de D. Pedro.

Hallábase ausente la marquesa; mas no por eso escaseaban concurrentes al palacio, y en la tarde á que nos referimos poblaban los balcones damas y caballeros de lo mas granado de la nobleza mejicana, brillando las primeras por la hermosura y la pompa régia de los trages. Con todo, no podian ufanarse de una excelencia que estaba lejos de ser exclusivamente suya, supuesto que tenian rivales no menos bellas y galanas en los balcones de las casas de la calle de Tacuba. El adorno en esta era tambien mas profuso y vistoso; y el sol, que ya declinando al ocaso la inundaba en un torrente de encendida luz, daba animacion, inquietud, alborozo, á todos los objetos, haciendo aparecer bajo formas trasparentes y fantásticas las cortinas pendientes de los balcones, las flámulas y gallardetes de todos colores que en continuo vaiven colgaban de la parte superior y saliente de los edificios, los arcos de ramas verdes y frescas que á manera de puentes unian una acera con la otra, y por último, el rio de gente que ora avanzando, ora retrocediendo, ora arremolinándose en las bocacalles, producía un rumor confuso, incesante, amenazador como el de una avenida.

Pasada media hora, tomó incremento aquel rumor al dejarse oír un repique estrepitoso, que no bien habia comenzado en la catedral, cuando se le asoció el de las campanas de las demas iglesias.

Al mismo tiempo empezó á salir de la metropolitana la procesion mas grave y numerosa que hasta entonces habia recorrido las calles de la capital. Todas las cofradías con sus estandartes, toda la clerecía, los músicos de coro de la catedral, y una multitud de personas de la mas alta categoría, he aquí lo que formaba esa espléndida procesion, la cual en dos filas paralelas se fue estendiendo por las calles antedichas. La mayor parte de estas personas llevaba vela en mano. En el suelo se regaban flores y ramas de oloroso mastranzo. A lo último iban los canónigos, y tras ellos, bajo de palio, conducía al Santísimo Sacramento el Dr. D. Juan de Poblete, dean del cabildo eclesiástico de Méjico y arzobispo electo de Manila. Cerraban esta

gran comitiva el virey, que lo era el conde de Baños, y la real audiencia con las demas autoridades subalternas.

Al llegar el sagrado huésped al templo de Santa Clara en medio de una lluvia de rosas y panes de plata voladora, las puertas, que hasta ese momento habian estado cerradas, se abrieron de par en par dejando salir siete niñas ricamente vestidas á la mejicana, las cuales empezaron á ejecutar una graciosa danza al son de una música tierna y sencilla.

Tras esto, dos de esas ninfas de Anáhuac recitaron una loa, cuyo asunto era dar la bien venida al Santísimo Sacramento; y colocado que fue en el altar mayor, se procedió inmediatamente al oficio de vísperas, que terminó ya casi al anochecer.

En la mañana de aquel mismo dia habia sido bendecida la iglesia con las ceremonias que prescribe el ritual romano, por el P. Fr. Alonso Bravo, guardian del convento grande de San Francisco, y despues obispo de Nicaragua. Su adorno interior era para aquellos tiempos maravilloso, y la ciudad toda acudia á contemplarlo y admirarlo, sin cesar de aplaudir al insigne artífice á cuyo ingenio y destreza era debido. Llamábase este Pedro Ramirez, arquitecto y escultor famoso, á quien daban el dictado de maestro de maestros, y que se habia grangeado esta reputacion no solo por la obra del templo que á la sazón se estrenaba, sino por la del convento grande de San Francisco y la de casi todos los de Méjico.

Al siguiente dia cantó la misa el Dr. D. Juan de Poblete, y predicó el Dr. D. Francisco de Siles, canónigo por oposicion de sagrada Escritura, cuyo sermon fue en extremo celebrado.

En los otros dias del octavario tuvieron á su cargo las funciones correspondientes las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Agustin, el Cármen, la Merced, la Compañía de Jesus, San Diego y San Francisco; predicando en ellas, y por el orden que sigue, Fr. Cristóbal Tellez, Fr. Nicolás de Acuña, Fr. Fernando de la Madre de Dios, Fr. Alonso de Sedeño, el P. Luis de Legaspi, Fr. Diego de Astudillo y Fr. Alonso Bravo, todos sugetos de gran saber y excelentes disposiciones oratorias.

Tal es en sinópsis la solemnidad con que se verificó la dedicacion de la iglesia de Santa Clara.



## II.

## DÓNDE ESTUVO AL PRINCIPIO EL MONASTERIO.

Ochenta y dos años antes del suceso referido, esto es, en 1579, á eso de las diez de la mañana del 4 de Enero, había una selecta y numerosa concurrencia en la ermita de la Santísima Trinidad, situada donde hoy está la iglesia del mismo nombre.

Las miradas todas se fijaban en el Sr. D. Martin Enriquez, virrey entonces de Nueva-España, que ostentando un magnífico vestido á la moda de aquel tiempo, eclipsaba á las demás autoridades y palaciegos que le acompañaban. Asistían igualmente el comisario general de San Francisco, Fr. Rodrigo de Sequera, el Dr. D. Pedro Farfan y varias otras personas notables tanto eclesiásticas como seglares. ¿Qué motivo las había llevado á aquel lugar?

Es de saberse que en el pequeño edificio anexo á aquella ermita, conocida años antes bajo la advocacion de San Cosme, San Damian y San Amaro, se había establecido desde 1568 un beaterio, de que fueron fundadoras una noble señora, viuda de un sugeto cuyo nombre no ha podido averiguarse, y cinco hijas suyas, á las cuales se asociaron despues varias doncellas pertenecientes á las primeras familias mejicanas. Ignóranse asimismo los nombres que tenían en el siglo la señora y sus hijas, pero no los que adoptaron cuando ya en 1570 se resolvieron á entrar de lleno en la vida monástica bajo el hábito y regla de Santa Clara. Son los siguientes:

Francisca de San Agustin,  
María de San Nicolás,  
Isabel del Espíritu Santo,  
Luisa de Santa Clara,  
María de Jesus, y  
Francisca de la Concepcion.

Desde esa fecha el número de las novicias fue aumentando mas y mas cada dia, pero sin que se sepa que alguna haya profesado, hasta que en el año de 1579 se tuvo por convenien-

te que con toda solemnidad hicieran los votos; de manera que la funcion que atraía á los moradores de Méjico á la ermita de la Santísima Trinidad en la mañana á que nos hemos referido, era nada menos que la que acompaña á una profesion de monja.

Mas, no una, sino veintidos eran las que iban entonces á profesar.

En efecto, despues de la misa y sermon de costumbre, hicieron los votos esas veintidos señoras en manos de la madre Luisa de San Gerónimo, monja del convento de la Concepcion, de donde salió para desempeñar en el nuevo de Santa Clara el cargo de abadesa, dejando el hábito y regla con que profesó, y adoptando el hábito y regla que la mudanza de su situacion exigia. En 6 de Enero del mismo año profesaron otras cuatro novicias.

Pasaron las religiosas casi todo ese año en la ermita de la Santísima Trinidad; pero hallándose incómodas por la estrechez de la vivienda, dispusieron trasladar el convento á un edificio mas holgado, y así lo verificaron en 22 de Diciembre, pasándose á unas casas que compraron hácia la esquina de las calles de Vergara y Tacuba, en las cuales permanecieron hasta nuestros dias. Ese sitio fue llamado antiguamente en lengua mejicana *Pepétlan*, que significa *fábrica de esteras ó petates*, porque en él se hacian y vendian esos utensilios.

No será por demas añadir que nuestras monja quedaron desde la fundacion del convento sujetas á los religiosos franciscanos de la capital, y que su primer vicario fue el P. Fr. Bernardino Perez, religioso docto y de buenas costumbres.

## III.

## DESENFADO ESPAÑOL.

Pero antes de pasar adelante en la historia del nuevo monasterio, tenemos que retroceder á los tiempos del primitivo para referir dos hechos que le conciernen, y en que figura el beato Sebastian de Aparicio.



Ya dijimos en otro lugar que el caritativo lego renunció sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara, y que se dedicó á servir las en clase de donado. Véamos ahora cómo se efectuó esa renuncia.

Hallábase un día, cuando aun era seglar, con algun desasosiego pensando que nada habia hecho para agradar á Dios y servir á sus semejantes. En tal disposicion de espíritu acudió á pedir consejo á un religioso de Tlalnepantla:—Padre, le dijo, ¿qué debo hacer para considerarme como discípulo de Cristo?

—Vé, le contestó con el consejo del Evangelio; vé y vende lo que tienes, y dalo de limosna.

—¿A quién le parece será bueno darla?

—A las monjas de Santa Clara, que son hoy las mas pobres.

—Pues, delo por hecho, respondió Aparicio sin titubear.

Y en efecto, dentro de pocos días vendió dos haciendas que tenia en el valle de Méjico, un hato de ovejas y un negro esclavo, en que consistian todos sus bienes; y reservando solo una pequeña porcion de dinero para sustentarse, hizo donacion de lo demas, que montaba á veinte mil pesos, al convento de que vamos tratando.

A este paso siguió el de vestirse con el tosco sayal de San Francisco y dedicarse á servir á las religiosas en la clase antes indicada. Su mayor aficion era entonces el desempeño de las labores de sacristía, poniendo gran diligencia en que todo lo concerniente al culto estuviese perfectamente arreglado. Hizo muchas horas en aprender de memoria las oraciones que corresponden al ayudante; y cuando ya creia haberlo conseguido, se presentó una vez resueltamente á desempeñar el papel que tanto ambicionaba. Al principio todo caminó á maravilla: el sacerdote rezaba y él respondia como era debido; pero al decir aquel *orate fratres*, nuestro Aparicio notó con sentimiento que la memoria le era infiel. No obstante, con un aplomo admirable, aunque no sabia qué responder, se volvió al coro donde las monjas asistian al santo sacrificio, y les dijo en alta voz: *madres, Deo gracias*; espediente famoso que dió no poco que reir.

## IV.

## LA IGLESIA.—INCENDIOS.

Bosquejamos ya la solemnidad con que se dedicó y bendijo el templo del convento de Santa Clara, y justo es no retardar la noticia de su ereccion y costo, así como la de las calamidades que le han sobrevenido despues.

*No se cierran mis ojos hasta que yo eche cimientos y levante paredes*, decia á menudo el buen anciano Antonio Arias Tenorio, sugeto de noble alcurnia y dueño de una cuantiosa hacienda, que vivia en la capital hácia fines del siglo décimo sexto. Con tal espresion significaba el deseo vehemente de que se edificase alguna iglesia á su costa.

Hácia ese mismo tiempo se trasladaron, como hemos visto, los monjas de Santa Clara al sitio de la calle de Tacuba; y no teniendo caudales suficientes que destinar á la obra del templo, que desde luego pensaron levantar junto á las casas donde moraban, solicitaron persona que los tuviese y quisiera aprontarlos para ese objeto, ofreciéndole en debida gratitud el patronato con las ventajas y preeminencias consiguientes. Arias Tenorio, que no deseaba otra cosa, aprovechó la coyuntura, y el asunto quedó en breve arreglado, estendiéndose las escrituras respectivas.

En virtud de este compromiso se procedió á abrir los cimientos el edificio, y en 13 de Octubre de 1601 se puso la primera piedra, gobernando la iglesia el papa Clemente VIII, siendo rey de España Felipe III, comisario general de San Francisco el P. Fr. Pedro de Pila, y abadesa del convento de Santa Clara la madre Flora Angela de San Miguel.

La obra adelantó muy lentamente. Con todo, habria llegado á su término desde entonces, si Arias Tenorio no hubiera muerto cuando apenas se habia construido poco mas de la mitad, en lo que se gastaron sesenta mil pesos. Pero los herederos del patrono distaban mucho de hallarse animados del mismo celo por el acrecentamiento del culto, y en consecuencia abandonaron la obra que aquel habia comenzado con tanto afan, si bien es creible que para ello hubo ademas otra razon, cual fue la de haberse disminuido el caudal; siendo esacto lo